larmente á pagar las magníficas libreas que tanto preocupaban á Courtin. Ella volverá pasado algún tiempo, á la Corte para disfrutar algún favor, pero no como antes (1). Recobrará su pensión, no á título de querida del rey, sino como restitución de cantidades que el rey de Inglaterra había recibido en otro tiempo de su tío el cardenal. Entonces, en el pabellon de Saint-James que el monarca la dió como residencia, se jugaba de una manera que desola á Saint-Evremond á quien no le gusta ni el juego de naipes, ni el *croupier* Morin. De Hortensia dice :

Hortense joue à la bassette
Aussi longtemps que veut Morin.
Vous veillez jusqu'au lendemain.
Plus d'opéra, plus de musique,
De morale, de politique.
. . . . . .
Beaux yeux, quel est votre destin?
Périrez-vous, beaux yeux, à regarder Morin? (2)

Pero cuando la duquesa de Mazarino desapareció de Whitehall, casi inmediatamente, la duquesa de Cleveland desapareció también. Carlos II está en vena de justicia distributiva. Ha perdonado á Churchill como perdonó á Hall ó á Goodman, pero no perdona las cartas en que se han burlado de él. « Lo único que os pido, la dice y por vuestro interés, es que vivaís desde ahora de manera que hagáis el menor ruido posible; en cuanto á la persona que amáis me tiene sin cuidado (3). » Al otro día dirigió una carta á la duquesa de Cleveland rogándola que se marchase por algún tiempo al otro lado del mar. « Como esto

(1) Hortensia juega á la baceta, tanto como desea Morin, veláis hasta el alba, se acabó la ópera, la música, nada de moral ni de política..... Hermosos ojos, ¿cual es vuestro destino? ¿pereceréis, hermosos ojos, mirando á Morin?

(2) *Œuvres de Saint-Evremond*, IV, 322.

(3) Estas son palabras con las cuales la duquesa de Cleveland recuerda esta conversación á Carlos II en la carta que le escribió, algunos meses despues, desde París.

me digusta, la escribía, podéis estar segura que no os dejaré por esas tierras más tiempo del que me sea absolutamente necesario, tanto para vuestro bien como para mi servicio, y deseo que sepáis cuanta pena me causa el escribiros esto, porque me acuerdo mucho del constante afecto que me habéis demostrado (1). » En París, la pobre dama vuelve á su monomanía de cartas intempestivas. « Confieso, dijo á Carlos II en una larga epístola, que he escrito una carta muy estúpída al caballero de Châtillon (2). Todo lo que puedo deciros para disculparme es que cuando se ama no se es dueño de sí mismo; no podéis odiarme porque todas las cosas de este género habían terminado entre nosotros y por tanto no podíais en modo alguno sentiros lastimado por ello. » Después, la dama quiso culpar al embajador, Ralph Montague, que se había burlado del rey como de « un niño cándido « que desea suplantar á Bob May y jugar las peores pasadas á la duquesa de Portsmouth. Montague la ha hecho todas las picardias que ha podido porque amaba al caballero de Castillon y porque se ha negado á ser su querida. « En cuanto á su conducta conmigo, me apenaría mucho más si hubiese sido por vuestras órdenes, porque aunque no me quejo de lo que pudieraís hacerme, no creo que seais vos quien haya llvado las cosas á este extremo. No está en vuestro cáracter el hacer crueldades á nadie, sea quien fuere. Espero, pues, que no seré la primera que sufra el peso de vuestra cólera (3). » Verdaderamente, Carlos II había sido engañado por Montague (4) que había abusado, además, de su nombre con los ministros de Luis XIV. Una rápida partida para Inglaterra fué lo que impidió únicamente que el

(1) Amadeo Renée. *Las Sobrinas de Mazarino*, 335.

(2) El caballero de Castillon era un capitán de guardias del duque de Orleans. « No tenia pan, ni sentido común, ni ingenio, dice Saint-Simon, habia hecho su fortuna por su figura. »

(3) Jameson. *Memorias*, 96.

(4) Los curiosos encontrarán en la *Historia de Inglaterra* de Burnet, t. II, p. 95, la historia del astrólogo y sus predicciones.

hijo del conde Sandwich fuese llamado por su gobierno. En cuanto á la duquesa de Cleveland, su destierro no tardó en terminarse, y fué llamada á la Corte.

Algunos meses después, Carlos II intervino una vez más en los asuntos de una de sus antiguas queridas. Santiago How, uno de los lechuginos de la Corte, se había declarado amante platónico de la duquesa de Richmond, sin que ésta se dignase ni mirarlo. Para vengarse de sus desprecios afirmó que poseía pruebas escritas de sus preferencias. La duquesa se quejó al rey quien encargó á Monmouth, al conde de Essex, lord Sunderland y al conde de Halifax que estudiasen el asunto. La correspondencia que poseía How se reducía á una carta falsificada. El rey lo expulsó de la Corte (1).

A todo esto, Mma de Mazarino vivía aparte, con gran lujo y visitada por la mejor sociedad. Las frases que se cambiaban en sus salones, fueron tomadas del natural, en ciertas comedias, muy poco leidas, de Saint-Evremond. Buena prueba de ello este diálogo de Mma Midleton y del señor Villiers entablado á algunos pasos de la mesa en que tallaba Morin :

Mme MIDDLETON

Dites-nous qui des deux vous semble la plus belle?
De Mesdames Grafton ou Litchfield. — Laquelle?

M. VILLIERS

Commencez, dites-nous, Madame Middleton,
Votre vrai sentiment sur Madame Grafton?

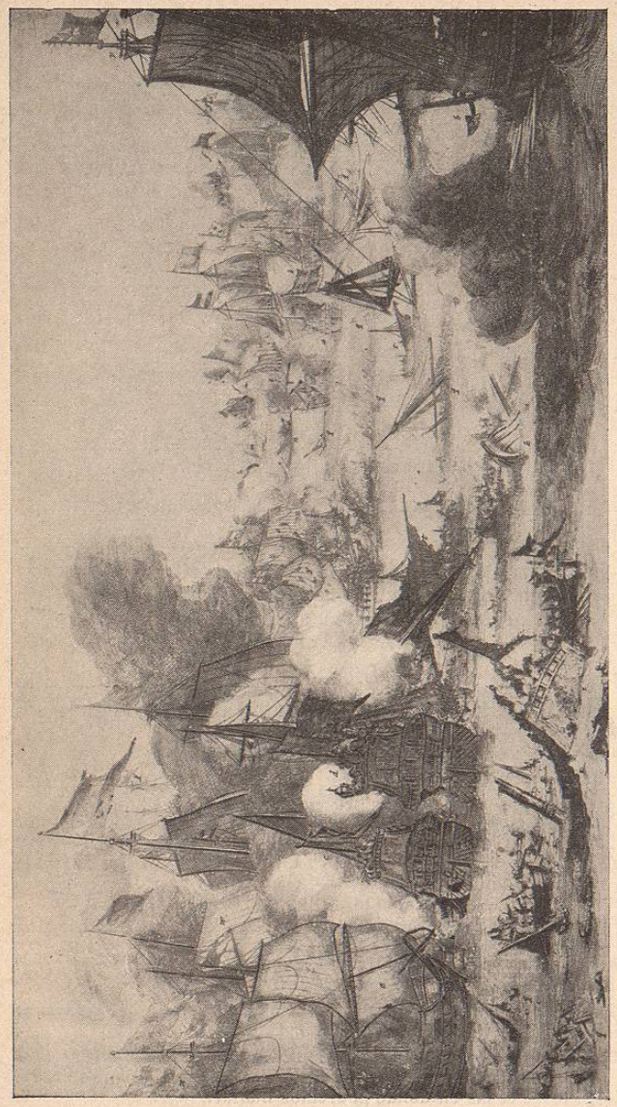
Mme MIDDLETON

De deux doigts seulement faites-la moi plus grande,
Il faut qu'à sa beauté toute beauté se rende.

M. VILLIERS

L'autre n'a pas besoin de cette faveur-là!

(1) Sidney. *Diary*, t. I, 100-122. El incidente es del 2 de Septiembre de 1679.



Batalla naval del 21 Agosto de 1673.
Grabado holandés anónimo. (Bibl. Nac. París. Colecc. Hennin.)

Mme MIDDLETON

Elle est grande, elle est droite...

M. VILLIERS

Après cela :

Mme MIDDLETON

Madame Litchfield, un peu plus animée,
De tous ceux qu'elle voit se verrait fort aimée (1).

Y el diálogo continuaba, un poco lento, por los dos interlocutores, como gentes que hablan en un lenguaje convencional. Pero de pronto, el examen de las cualidades de Mma Grafton y de Mma Litchfield era interrumpido por un grito de pesar :

(2) Vos beaux discours d'appâts, de grâce, de beauté,
Nous coûtent notre argent : il ne m'est rien resté!

Mma Middleton protesta; no es persona que pueda callarse :

(3) Nous n'avons pas appris à garder le silence
Comme vous avez fait dans votre couvent de France.
Monsieur, Monsieur Villiers, allons nous consoler.
Il est d'autres maisons où l'on pourra parler.

Lo que hace decir á Mma Middleton, Saint-Evremond lo piensa en su interior. A nadie le gustaba menos el juego

(1) Mma MIDLETON. — Decidnos ¿ cual de las dos os parece más bella? ¿ Mma Grafton ó Litchfield? — ¿Cual?
M. VILLIERS. — Antes diganos usted, señora Midleton, qué opinais de Mma Grafton.
Mma MIDLETON. — Como fuera dos dedos más alta, todas las bellezas se rendirían á la suya.
M. VILLIERS. — La otra no necesita esa ventaja.
Mma MIDLETON. — Es alta, derecha...
M. VILLIERS. — ¿Qué mas?
Mma MIDLETON. — Si Mma Litchfield fuera más animada, la querrían más cuantos la tratan.

(2) Vuestros hermosos discursos llenos de gracia y belleza, nos cuestan el dinero; ¡ya no me queda nada!

(3) No hemos aprendido á callarnos, como habéis hecho en vuestros conventos de Francia. Señor, señor Villiers, vamos á consolarnos. Existen otras casas en donde podremos hablar.

que á él; además no era muy afortunado. « Todas las buenas compañías terminan por separarse, escribía al conde de Saint-Albans, así, pues, con más razón, una sociedad desgraciada no puede durar siempre. La nuestra, milord, es la más funesta que he visto jamás. Desde que juego en casa de Mma Mazarino, no he tenido ni seis veces la *espada*, el *basto* viene con más frecuencia, pero es un bribón que me obliga á hacer el burro. No robo más que treses y cuatros. No obstante, milord, bendigo al cielo cuando podía esperarse de mí lamentos y protestas. Gracias á Dios doy el buen ejemplo, tales como vos pudierais darlos. Ejemplos son no obstante, que me arruinan y que no arreglan mucho vuestros asuntos. Lo que me hizo decir anoche á la Bellegarde :

(1) Je paie et ne joue plus et fais ce qu'il me plaît.

Consolemonos, milord, estamos mejor que los ganancíosos, porque es preferible sufrir las injusticias que cometerlas. Mma Mazarino tiene las manos muy á propósito para robar mis fichas y para salir por la peor carta cuando juego sin tener los cuatro estuches. Me dirijo á M. Monaco que me dice seriamente y con aspecto de sinceridad : « De verdad, señor Saint-Evremond, que miraba á otro lado. » Vuestro amigo M. de Saissac rie mucho y no dice nada. M. Courtin declara que es muy grande el vejámen, pero todas las declaraciones del señor Courtin hacen poco efecto en esta morada como harían en la Bolsa si quisiera justificar al señor Layton. En este trance, tomo al cielo por testigo, pero el cielo no posee más crédito que el embajador (2). »

¿Se puede amar el juego cuando se tiene la misma desgracia en él que en el amor? Saint-Evremond es el eterno pretendiente de la duquesa. Hortensia no es arisca. Es tan distraida y despreocupada que confía á un criadito

(1) Pago y no juego más y hago lo que me da la gana.
(2) Saint-Evremond. *Œuvres*, t. V, 369.

medio simple, la inspección de su tocado. Saint-Evremond, que no se atreve á protestar contra el señor de Monaco, y los demás, se queja de los obstáculos puestos á sus empresas por More, que se ha permitido apodarle : « *Non beve vino* ».

N'allez pas à Cleveden raconter par le menu
Ma dépense et mon revenu
Pour me désobliger, vous feriez davantage :
S'il était en votre pouvoir
De cacher votre beau visage
Vous m'empêcheriez de le voir
Je n'ai rien tenté sur la bouche
(Trop timide en ce que je veux);
Mais, si j'ose sentir l'odeur de vos cheveux,
Ou prendre quelquefois sur l'épaule une mouche,
Un petit capot vert, More, voleur et gueux,
Vous dit : « *Non beve vino* touche »
Et me fait retirer sur le point d'être heureux.
Ne pensez pas que la Nature
Ne vous ait faite que pour vous,
Vous devez bonnement à votre créature
De vos charmes divins quelque usage assez doux (1).

Tal era la sociedad galante que se reunía en la morada de la duquesa de Mazarino, y tales eran sus pasatiempos. En esta sociedad cosmopolita, reinaban las bellas inglesas cuyo retrato nos ha sido hecho por Marwel : « Celia, cuyo inglés es mas puro y rico que la nieve fundida y tan dulce como los labios de que sale, aprende en estos momentos el francés y el italiano, pero siempre es Celia. Ningun otra encanto más que su natural sonrisa adorna este rostro encantador, su belleza no ha sido italianizada, de igual

(1) « No vayais á contar al detalle á Clevedon mis gastos y mis ingresos. Por disgustarme seríais capaz de hacer más. Si en vuestra mano estuviera cubrir vuestro hermoso rostro, me impidiríais que lo viera. Nada he intentado por parte de la boca (demasiado timido en aquello que quiero) mas si me atrevo á oler vuestros cabellos, ó á quitaros alguna vez una mosca del hombro, un majadero, vestido de verde, More, que es un ladron y un miserable, os dice : « *non bebe vino toca* », y hace que me retire antes de ser dichoso. No creais que la naturaleza os ha hecho solo para vos ; debeis á los que aman el dulce uso de vuestros divinos encantos. »

modo que su castidad no ha sido traducida al francés. Sus pensamientos son ingleses, aunque su lenguaje espiritual sepa revestirlos hábilmente en otro idioma (1). » Toda inglesa de alta posición debía aprender el lenguaje del Gran Rey, el que se hablaba en Versalles, objeto de todas las secretas ambiciones de Carlos II y de sus cortesanos.

¿No hacía el rey sus jardines según el plano de Versalles ? ¿No amueblaba su palacio de la misma manera que el de Versalles ? « Esta mañana, cuenta Evelyn, como seguía á Su Majestad á través de la galería, entré con las contadas personas de su séquito, en el tocador de la duquesa de Portsmouth, que forma parte de su alcoba. La joven estaba vestida de mañana, sus doncellas la peinaban, pues acababa de levantarse de la cama. Su Majestad y los cortesanos estaban de pie y á su lado; pero lo que más me admiró, fué la riqueza y hermosura de la habitación de esta mujer. La alcoba tocador había sido derribada y reconstruida varias veces, para satisfacer sus caprichos de prodigalidad, y de locos derroches. La reina en cambio gastaba casi tan poco como algunas damas de la nobleza en muebles y bienestar (2). En la morada de la favorita fué donde vi los nuevos modelos de tapicería francesa, cuyo dibujo, fineza de ejecución y exactitud incomparable en la reproducción de los cuadros eran superiores á todo lo que había visto hasta entonces. Algunos tapices representaban Versalles, San Germán y otros palacios del rey de Francia, con cacerías, personajes, paisajes, pájaros exóticos, todo esto hecho con tal habilidad que parecían vivos. Además había

(1) Jameson. *Memorias*, p. 34.

(2) En la época en que Evelyn visitó minusiosamente Hampton Court, advirtió, no obstante, « la cama de la reina que tiene unos bordados de plata sobre terciopelo carmesí, que ha costado 8 000 libras, regalo que hizo Holanda cuando volvió Su Majestad. Primeramente había sido ofrecido á la hermana de nuestro rey, la princesa de Orange, después se lo compraron para hacer regalo de él al rey. El espejo grande y el servicio de tocador en oro macizo fueron regalados por la reina-madre. La reina trajo consigo de Portugal muebles de la India como jamás se habían visto por aquí. »

gabinetes de laca del Japón, biombos, relojes, grandes jarrones de plata cincelada, mesas, estantes, relojes y candelabros para la chimenea, candelabros de pared, braseros de plata maciza, en número infinito y por último, varios de los mejores cuadros de Su Majestad (1). »

El gran pintor á la moda, Peter Lely, hijo de un capitán de caballería de origen westfaliano, vino á Inglaterra el año 1641. Protegido, cuando la Restauración, por la duquesa de York, había hecho la mayoría de estos cuadros, porque era el encargado de pintar los retratos de todas las bellezas de la Corte. « Las ninfas de Lely, ha escrito Horacio Walpole, son demasiado coquetas y magníficas para que se vea en ellas otra cosa que doncellas de honor y sus mujeres llevan siempre bordados y franjas, á través de las floridas praderas y de los murmuradores arroyos. »

Lely encontró, en el pintor Verrio, un rival en cuanto se refería al decorado. El fué quien pintó las escaleras y los techos de Hampton Court. Verrio era muy extravagante. El dinero desaparecía entre sus manos como agua, y hacía, sobre todo para la mesa, gastos tales que se veía frecuentemente obligado á molestar á Carlos II con un descaro que solo autorizaba la bondad del rey.

Una vez, en Hampton Court, y poco tiempo después de haber recibido un avance de 1 000 libras, el pintor decorador intentó aproximarse al rey para pedirle un nuevo anticipo, pero el círculo que rodeaba al soberano era tan numeroso que le fué imposible acercarse, entonces gritó : « Sire, os ruego que me dejéis hablar con Vuestra Majestad. — Y bien, Verrio, dijo el rey, ¿qué deseáis? — ¡Dinero! Sire, ¡dinero! Tengo tan poco que me es imposible pagar á mis obreros. Vuestra Majestad y yo, sabemos por experiencia que los mercachifles y los pintores no tienen mucho crédito. » El rey le recordó, sonriendo, el reciente avance de 1 000 libras. « Sí, Sire, respondió el pintor, pero se me ha ido todo en pagar; no me queda más oro. — Con

(1) Evelyn. *Memorias*, I, 562.

ese lujo, contestó el rey, gastaréis más de lo que empleo para sostener á mi familia. — ¡Diablo! esclamo Verrio. ¿No tiene Vuestra Majestad, como yo, mesa dispuesta para todo el mundo? (1) » Ante lógica tal Carlos II no tenía más que inclinarse.

Como retratista, Peter Lely tenía otros rivales dignos de él, Huymans y Wissing. Huymans pintó á Frances Jennings mientras que Wissing diseñó los rasgos de la duquesa de Monmouth y de la hermosa condesa de Ossory.

Lady Ossory merece párrafo aparte. Esta joven tenía la gracia de las cosas frágiles. El viejo duque de Ormond, su suegro, la cobró gran afecto y cuando murió, por cierto muy joven y muy rápidamente, escribió á uno de sus amigos : « Tuve grandes dudas acerca de la salud de la joven que traje, como á una extranjera, á esta comarca. Dios ha querido que muera. No soy bastante cortesano, es decir, no estoy bastante acostumbrado á fingir, para colocar esta pérdida en la misma línea que otras sufridas, pero os aseguro que su bondad, deferencia para conmigo y, en una palabra, su conducta, la habían granjeado mi cariño ; su pérdida me es muy sensible. » El conde de Ossory sintió mucho la muerte de su joven esposa, pero un año después, estaba consolado y casado con Lady María Somerset (2). La familia de la difunta fué sin duda la que sintió más aquella muerte. Su padre lord Rochester, escribía, el aniversario del fallecimiento de la joven condesa, una meditación en donde recordaba su dolor durante la semana después del fallecimiento y cuando llegó á sus manos la carta en donde le anunciaban la dolorosa nueva. Ninguna voz interior les había advertido, ni á él y ni á la madre, de que aquella criatura tan amada que era una parte de su existencia, yacía insensible, muerta; que aquella vida que había sido su alegría, se había alejado del mundo en donde ellos quedaban : « Dios

(1) Law. *A Short history of Hampton Court*, 287.
(2) *Memoir of Lady Ossory*, 334.

ha querido llevársela, escribía el desgraciado padre, pero pasé una semana ilusionado con la vana esperanza de que recibiría mejores noticias de ella, que el peligro más inminente había pasado, hasta que por fin llegó la fatal noticia, una semaña después de su fallecimiento. Esta semana la pasé, cuando ella yacía helada é insensible, entretenido en las diversas ocupaciones de mi vida. Llegué hasta á escribirla, después del día de su muerte, con la esperanza de que cuando recibiera mi carta se encontraría mejor. En la carta, con palabras muy tiernas, la decía que deseaba se aliviase pronto, que seríamos muy felices con su compañía y que pensaba estar destinado á vivir bajo el mismo techo que ella. Ya lo he dicho, había escrito todo eso y ¿para qué?... Mi pobre hija estaba muerta. ¡Oh! ¡qué triste y terrible es la condición humana! » Lord Rochester continua trayendo á la memoria estos tristes recuerdos y agrega : « Durante todo esto, me encontraba con mi mujer en cama, debilitada y extenuada por una larga y persistente enfermedad y ahora, por decirlo así, muerta por este cruel golpe. — Una mujer para quien tenía todas las ternezas imaginables, con la que he vivido feliz mucho tiempo, y de la que tenía motivos para estar encantado, y á la que me ha sido preciso reanimar y sostener el corazón y el ánimo, cuando yo carecía de este, y mi corazón estaba destrozado (1). »

¡Qué contraste entre esta página sacada de un libro que se ocupa en los asuntos familiares y los croquis de los escritores acerca de la vida galante de la Corte! El desacuerdo debía prolongarse todavía durante diez y ocho años, hasta llegar á la gran sacudida de 1688.

(1) Jameson. *Memorias*, p. 207.

VI

Fin del Reinado.

URANTE quince años, dice en algún lugar Saint-Evremond, la cinta de seda que estrechaba el talle de la señorita de Keroualle unió á Francia con Inglaterra.

Merced á ella pudo Luis XIV asegurarse el apoyo de la flota inglesa en sus guerras con Holanda. En Solebay y Southwold Bay, los marinos ingleses ayudaron á nuestros barcos contra Ruyter.

Mientras la duquesa de Cleveland quiso dominar á Carlos II con amenazas, la duquesa de Portsmouth, ya llorando, ya por medio de cien diversas triquiñuelas, consiguió que el rey hiciese su voluntad (1). Ahora, bien, su voluntad era siempre la del gobierno francés. La duquesa de Portsmouth llegó á conseguir algunas veces más de lo que deseaba el gran rey. Carlos II, en cierta ocasión, llamó á Barillon, su embajador, para hacerle saber que se comprometía á no reunir al Parlamento hasta que Luis XIV juzgara « que era necesario hacerlo (2). » El rey, escribía Barillon el 6 de Junio de 1679, me ha comunicado por intermedio de M^ma^ Portsmouth, que deseaba hablarme reservadamente, para lo cual debía encontrarme en sus habitaciones cuando todos se hubiesen marchado. Me dijo que Vuestra Majestad puede, si lo desea, hacerle conservar su corona y ligarle de por vida á sus intereses, que no se trata ahora de cumplidos y de palabras, y que es preciso que Vuestra Majestad decida si le conviene que Inglaterra

(1) Sidney. *Diary*, t. II, p. 114.
(2) Carta de Barillon, 31 de Agosto de 1679, citada de Forneron.